

# ALTO VALOR DEL EMPLEO DE LA VEGETACIÓN EN LA FUTURA URBANIZACIÓN DE NUESTRA CIUDAD

DISCURSO LEÍDO PARA SU INGRESO EN LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN CARLOS, DE VALENCIA,

POR EL

SEÑOR DON JAVIER GOERLICH LLEO

ARQUITECTO DEL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES

*Sesión del día 3 de mayo de 1927*

ILMO SR.:

SEÑORES ACADÉMICOS:



el poder compartir con vosotros el honor de ostentar en mi pecho la medalla de esta docta Corporación, no reconociera como única causa y fundamento vuestra benevolencia y cariño, creería que la más honda aspiración de mi alma desde mis mocedades había sido cumplida. Reconocida vuestra benevolencia, queda todavía en pie el haber alcanzado lo que siempre fué un ansia del corazón, que cada día la pequeñez de mis merecimientos me hacían suponer más lejana.

Dos sentimientos profundos y gemelos brotan espontáneos de mi pecho: el de la gratitud por la deuda que con vosotros he contraído al dispensarme el honor de llamarme a formar parte de esta Academia, donde su preclara inteligencia congregó a tantos beneméritos valencianos, y el que en estos momentos empañía mi alegría pensando en la causa que ha motivado este llamamiento, el recordar al varón ilustre cuyo sitio vengo a ocupar.

Al agradeceros la alta distinción de que me hacéis objeto, no puedo menos que ofrecer lo único que me es dado, todo mi entusiasmo y mi energía, para colaborar en cuanto pueda suponer un prestigio para el Arte, que ha de serlo a su vez de esta Academia; pero temo que esto aún valga tan poco, que defraude vuestras esperanzas.

Al recordar al compañero que para siempre abandonó su puesto, no es el sentimiento del amigo perdido el que empañía mi alegría; es el cariño del discípulo, del hijo intelectual el que asoma a mi corazón y se enardece y subleva ante la dureza de la fatalidad. Arquitecto insigne, amigo leal, hombre bueno fué para todos D. Luis Ferreres Soler; para mí, fué algo más; permitidme esta pretensión hondamente sentida. Varios

años, los mejores de mi juventud, pasé a su lado, recibiendo sus sabias enseñanzas, sus acertados consejos; más que maestro, era el hermano del alma, que no dejaba perder ocasión propicia de formar mi inteligencia en la práctica profesional y de preparar mi espíritu a las luchas de la vida; y todo esto, siempre con una alteza de miras, con un bello interés paternal, que dejó huella imborrable en mi recuerdo. Más de una vez, en nuestros largos paseos de la visita diaria a las muchas obras cuya dirección tenía confiada, prueba fehaciente de su reconocida competencia, me hablaba de su gran cariño a esta Academia, con tal viveza y entusiasmo, con tan hondo respeto, que nada de extraño hiciera aumentar en mí el deseo de llegar algún día a merecer el ser recibido en ella.

Cuán lejos de mi espíritu el pensar en aquellos momentos de animada charla, henchida de ilusión y de entusiasmos juveniles, que al deber a vuestra munificencia ver el sueño trocado en realidad, había de venir a ocupar el sitio que él dejara vacío. Seguramente renunciara a ésta mi más honda ilusión, de conocer el precio a que había de alcanzarla, a pesar de que jamás pude recibir más alta distinción que la de tenerle por predecesor.

Quiera Dios que, como eterno homenaje a su memoria, sepa imitar sus virtudes y mantener el prestigio que con su acrisolado proceder supo rodear siempre el honroso título que ostentaba. Si yo, mientras viva, ostento su medalla y ocupo su sillón practicando con fe y entusiasmo la noble misión que nos congrega, creeré haberle dedicado la mejor ofrenda. Confío que mis actos del mañana, confirmen cumplidamente mis propósitos de hoy.

Si al dolor por la pérdida del maestro muy querido, que en estos momentos nubla mi satisfacción, añadís la pesada carga que para mí supone la obligación de tener que cumplir el mandato del Estatuto de dedicaros estas líneas, comprenderéis mi perplejidad y el que ni siquiera intente solicitar disculpa a mi torpeza en su trazado, por lo inacostumbrado en mí, del medio de expresión. A fuer de sincero he de deciros, y así habéis de comprenderlo, que, ni aún con el empleo del lápiz y el color, que me son habituales, había de acertar a dar la forma deseada a cuanto desordenado, pero como nunca sentido, brota de mi corazón y se agolpa en mi cerebro. Puesto que ello es fuerza ineludible, procuraré molestar por breves momentos vuestra benévola atención, dedicando estas mal trazadas líneas a excitar el celo de vuestra actividad en pro del *alto valor del empleo de la vegetación en la futura urbanización de nuestra ciudad.*

\* \* \*

La opinión técnica de nuestro país, muéstrase cada día más interesada por las cuestiones relacionadas con la urbanización. Las más importantes poblaciones españolas comienzan a sentir inquietud y preocupación por resolver sus problemas de ordenación urbana y de extensión. En nuestra amada Valencia, parece haberse fijado la atención de la Corporación municipal en la urgencia de resolver problema de tan extraordinaria importancia que la realidad plantea en forma apremiante. Recientemente solicitó una orientación general, para su resolución, que tuvimos el gusto de escuchar de labios del docto Catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid, D. César Cort, Arquitecto valenciano de bien probada competencia en esta rama del vasto campo de nuestra hermosa profesión.

Resulta del mayor interés hacer resaltar, como en general, frente al unánime reco-

nocimiento de lo mucho que se ha conseguido en sentido técnico en lo referente al tráfico racional, aprovechamiento de solares y especialmente en mejoras higiénicas, se alza una protesta no menos unánime contra los grandes fracasos que en el orden artístico ha producido la aplicación de la mayor parte de los planos ajedrezados, actualmente en vigor, pues ante las majestuosas edificaciones modernas sólo vemos, en general, pobres formaciones de plazas y poco acertadas parcelaciones. Tal es la realidad que precisa evitar se reproduzca y que interesa encauzar por derroteros inequívocos, esencialmente en cuanto a nuestra ciudad afecta, ya que, como antes dije, parece hallarse en el momento de plantear soluciones a problema de tan vital interés.

Urbanizar una ciudad, no es sólo un problema de trazado, sino de organización y previsión. Mr. Aneny, Presidente de la Junta de Concejales de New-York, dice: «Proyectar una ciudad, es prevenirlo todo para un futuro desarrollo; es marcar la guía que conduzca, por cauces adecuados, los impulsos de la comunidad hacia una mejor y más amplia vida». La urbanización no debe señalar solamente un progreso en el orden material; debe expresar, además, la noción moderna de la vida social, noción que debe resumirse así: «Obtener por la estructura misma de la ciudad el orden y la cohesión sociales, que permitan a la colectividad exigir del individuo el máximo esfuerzo útil, y al individuo recibir de la comunidad los medios para desarrollarse plenamente en la libertad y el bienestar».

Un plano adecuado de una ciudad, tiene una influencia decisiva para el bien sobre el desarrollo mental y moral de sus habitantes; es base firme para formar una comunidad sana y dichosa.

Entiendo que esto no basta. Estas definiciones y otras muchas que podría añadir, debidas a la concepción de primeras autoridades en materia tan compleja, dejan en mi humilde opinión un concepto poco concreto del alto valor que la estética debe representar en la formación de los planos de las ciudades, especialmente para el trazado de los de aquellas que, como la nuestra, encierran en su ámbito actual tal caudal de joyas arquitectónicas, debidas a diferentes épocas y civilizaciones, que su respeto y avaloro han de formar base esencialísima de partida en el desarrollo de los nuevos proyectos que con sujeción a los programas de necesidades que la vida moderna plantea han de trazarse.

Nada más ajustado a la realidad del momento que las palabras de Aristóteles, que resumían los principios de urbanización, diciendo que la ciudad debía edificarse de modo que diera a los hombres seguridad y les hiciera felices.

Para lograr esto último, el urbanismo no debe ser sólo un problema técnico, sino en verdadero y máximo sentido, también de arte.

Tal fué en la antigüedad, en la Edad Media, en el Renacimiento, en todos los pueblos donde las Bellas Artes se cultivaron. Tan sólo en nuestro siglo matemático, los ensanches y disposiciones urbanas resultan casi exclusivamente asunto técnico; parece, por tanto, conveniente indicar una vez más, que sólo se resuelve así una parte del problema, quedando otra en pie de la misma importancia, cuando menos.

Imposible abrazar, en estas mal trazadas líneas, el problema en sus múltiples aspectos; sólo en la consideración de una de sus interesantes facetas pretendo detenerme, ofreciendo material de juicio a quienes pueda algún día corresponder la estimable fortuna de marcar las normas que deban regir la formación de nuestra ciudad futura. Me refiero a la alta importancia del empleo de la vegetación en la urbanización de nuestra ciudad, no sólo en lo que se refiere al planteamiento y formación de los gran-

des espacios libres (parques urbanos y suburbanos, campos de deportes, parques exteriores y reservas de paisaje) de las zonas verdes, como hoy se llaman, sino llegando a la entraña del problema y haciendo resaltar la importancia excepcional que en los planos de reforma interior y hasta en la disposición obligada de la propiedad privada, deben tener los pequeños jardines urbanos (squares, jardines de barrio y terrenos de juego para niños). Y hasta los jardines privados, ese arte menor de la Arquitectura natural, la más noble que humanamente puede trazarse, por ser verdadera, unida al ambiente, viva y bella.

La disposición de la ciudad actual, hacinamiento de viviendas contiguas y sobrepuestas, producto de nuestra vida comunal impuesta por la necesidad de relación y distanciados de la naturaleza, contrasta, con la disposición de la vivienda de nuestros antecesores de remotos tiempos, en constante contacto con aquélla. Nosotros, los hombres de las casas cuarteles, sentimos el irreductible y lógico anhelo de ponernos en contacto con la naturaleza, el verdor y el aire libre, lejos del molino de polvo del mar de casas. No precisa, por tanto, forzar la argumentación, para llegar al convencimiento individual de lo agradable que resulta disfrutar de un pequeño jardín urbano, inmediato o próximo a la casa en que vivimos, donde puedan dedicarse los niños a sus juegos y solazarse y reposar los mayores.

Este convencimiento individual, al extenderse a la comunidad, patentiza la necesidad del square, del jardín de barrio, para dar satisfacción a nuestros gustos particulares y contentar los ajenos.

Hemos de esforzarnos en comprender que, no sólo hacen falta los pequeños jardines de barrio junto a nuestras casas, sino los grandes parques, donde el habitante de la ciudad puede aislarse de la gran circulación y del nerviosismo urbano. Hemos de ver claramente que estos grandes parques, si por desgracia son imposibles en el centro de la población, lógicamente habrán de hallarse situados en los suburbios. En suma: conviene que pensemos que todos estos jardines, terrenos de juego y parques, deben estar ligados entre sí, según un plan o sistema; que su distribución y trazado debe obedecer a una técnica especial, y que, ayudando a la realización ordenada de este plan, haremos más agradable y sana la vida de los habitantes de nuestra ciudad.

El desarrollo de este gran principio urbanístico queda cohibido en muchos casos, no sólo por su coste, dado el alto valor del terreno solar, sino por la excesiva extensión que así adquirirían las ciudades, que no podrían ser dominables, ni aún con los modernos medios de comunicación.

La misión del urbanizador, en lo referente a la solución de este problema parcial, no debe ser otra cosa que la de encontrar disposiciones que alcancen el máximo acierto higiénico y estético, con un mínimo de gasto en espacio y dinero. Precisa, en consecuencia, un claro estudio de la forma de utilizar el paisaje, la vegetación en la ciudad y de sus ventajas e inconvenientes, para evitar unilaterales perjuicios. Precisa luchar contra el apretujamiento de las casas, principio básico de la teoría de los espacios libres.

*Del árbol aislado y del grupo de árboles como elemento decorativo*

Demostrado por las investigaciones científicas más recientes, que la composición del aire debe considerarse como estable dentro de estrechos límites, cae por su base

el principio, casi considerado como axiomático, de que era necesario para la salud, no sólo el fomentar las plantaciones en la ciudad, cosa en la que todos están acordes, sino el dedicar a ellas tanto espacio como a la zona edificable de la misma. Queda, además, la simpatía por el arbolado, la emoción estética; simpatía y emoción que descansan en la imaginación y que no deben ni pueden ser despreciadas, pues sabido es que por ellas se producen, no sólo enfermedades imaginarias, sino reales. El melancólico de la gran ciudad es un enfermo de esta clase, mitad imaginario, mitad real, que



1.- Urbanización acertada de una plaza mediante la aplicación de grupos de árboles y fuentes decorativas.

padece nostalgia de la libre naturaleza. Esta dolencia, que es causa de la indiferencia por el trabajo, no se cura con respirar tantos o cuantos metros de oxígeno u ozono, sino por la proximidad de la madre Naturaleza, con la vista del verde y del campo.

No puede, en consecuencia, dejar de contar con ello el urbanizador, pues si bien para las exigencias respiratorias son precisas cierta cantidad de metros cuadrados de hojas, para las dolencias imaginativas basta la vista del follaje, bien sea un árbol que asome sus ramas por sobre los muros de un jardín, dando vida a la calle, bien sea la clásica palmera o la decorativa acacia, que en un apartado rincón o junto a una fuente cristalina, inviten al sosiego e inciten al reposo. Sabido es que la fantasía no necesita de la cantidad, bástale con el estímulo. El motivo tan feliz del árbol único, que casi habíase olvidado, recobra de nuevo su justo valor.

Atenas supo consagrar el clásico olivo en su acrópolis, y el pueblo todo, cuya alma no puede vivir sin arte, sin poesía, aceptó con júbilo su idealización; el olivo era como todos. He aquí la alta significación de lo fantástico, de lo poético, de lo pintoresco, como hoy decimos.

¿Quién que se haya detenido a observar nuestra ciudad, no ha disfrutado del encanto de poesía que produce el dedicar unos minutos al reposo en cualquiera de los grupos de árboles que completan la mayor parte de las muestras de nuestra arquitectura pretérita? Si en medio de las horas de bullicio y lucha a que nos arrastra la civilización actual, os dedicáis por un minuto al reposo entre los cuatro árboles que forman el pobre jardín de nuestra clásica Lonja, ¿de qué sensación de bienestar y de placidez suma veréis henchida vuestra alma, y con qué facilidad vuestra imaginación sabrá compensaros de los múltiples sinsabores en que la lucha en que vivimos nos traen sumidos?

Tales muestras de jardín son recuerdos de la Historia y leyenda de nuestro pueblo, que en realidad vivió en sus ramajes desde tiempos remotos y a lo largo de las edades hasta nuestros días.

Nada de esto ha merecido el respeto de los *tableristas* de la escuela de la urbanización geométrica. Todo ha sido arrasado y sacrificado por la escuadra del geómetra, para dejar paso a calles rectas y de igual anchura, ocasionando pérdidas irreparables, pues no puede en forma artificial sustituirse la naturaleza paulatinamente formada.



2.—Aprovechamiento de un remanso del tránsito, por emplazamiento de un grupo de árboles, formando un pequeño jardín decorativo.

Por fortuna para nuestra ciudad (único bien en medio de sus desdichas), el retraso sufrido en la realización de sus reformas interiores que cada día se reclaman con más urgente realidad, nos permiten aún rectificar sus trazados en forma que nos deje conservar a cualquier precio estas viejas herencias irremplazables, introduciéndolas armónicamente en los

nuevos planos que se reclaman. Es convicción tan arraigada hoy en el sentir de nuestro pueblo, que el urbanizador que las siga ha de tener forzosamente su aplauso.

Pero no basta al urbanizador dedicar una particular atención y respeto a cuanto pueda contribuir a mantener un recuerdo poético, un rincón emotivo; es preciso, además, procurar nuevos plantíos en grupos aislados, pues con habilidad y con reducido gasto se pueden obtener resultados excelentes; es preciso despojarse de este espíritu regularizante que sólo encuentra lugar adecuado para un árbol, una fuente o un monumento, el mismísimo centro geométrico de sus plazas cuadradas o poligonales. Un árbol así colocado, forzosamente ha de resultar mal emplazado. ¿Quién iría a descansar en un banco puesto a su sombra allí en medio del bullicio de una plaza de gran tránsito, sentado y solitario como para un retrato? Un árbol o grupo de arbus-



3.—Ejemplo de conjunto.

Un árbol o grupo de arbus-

tos, una fuente o un monumento, corresponde emplazarlos en los remansos del tránsito o rincones tranquilos, en íntima combinación con lo circundante, sin que quite vista a lo edificado y con un paulatino y armónico escalonamiento de formas de las plantas a la arquitectura, como une la música acordes muy distantes, mediante tránsitos armónicos.

Son medios para esto, un lógico acuerdo entre la silueta, tanto de los edificios, como de las plantaciones; el empleo de pequeños elementos arquitectónicos, como suelen existir en jardines y en el campo, unidos a las formas naturales; en una palabra, toda la jardinería decorativa y algunas de las construcciones propias de las grandes ciudades, como quioscos de refrescos y de necesidades, columnas carteleras y otros muchos detalles que, unidos por múltiples variantes, permiten al urbanizador ofrecer algo de pintoresco efecto y de utilidad para la vida diaria.



4.— Emplazamiento adecuado de un monumento.

### *Del square y jardín de barrio*

Los squares son también una disposición equivocada desde su principio que, a pesar de su gran costo, no logra el resultado apetecido. Reconoce esta equivocación el mismo origen, el trazado geométrico o de cuadrícula de los actuales planos de reforma. El square o jardín de barrio debe ser lugar de recreo para niños, de descanso para el adulto y de calma y reposo para el anciano.

Cuando en un barrio o distrito, cuyo trazado obedece al de aquellos ajedrezados planos, se desea construir uno de estos jardines, déjase sin edificar uno o más cuadros y se entregan al jardinero para su arreglo, más o menos lujoso. No se concede importancia a la circunstancia de que el jardín resulte abierto por todas partes, siendo causa de que se recoja en él cuanto polvo levanta la circulación de las calles vecinas; no interesa tampoco aislarle del ruido y bullicio de la vida ciudadana. Comprenderéis no puede llenar las condiciones apetecidas, y cuán justificado queda el que estos jardines no se vean jamás concurridos y queden siempre desiertos: en invierno, por la crudeza del viento; en verano, por el ardiente sol y las nubes de polvo. En tanto, observaréis que los jardines cerrados se llenan de público. ¿No nos dice claramente esta observación, que las plazas para juegos infantiles y los jardines de barrio no deben jamás estar sobre una calle abierta?

No menos interesante resulta en favor de esta solución tan racional, la consideración del aspecto económico. Todos sabéis que el valor de los solares en nuestras ciudades aumenta considerablemente, en igualdad de superficie, en razón directa de la línea de fachada a la calle. El urbanizador que consiga un máximo de líneas de fachada

da a la calle en un mínimo de superficie edificable, habrá logrado el mejor reparto del



5.—Defectuoso emplazamiento de un jardín de barrio para niños.

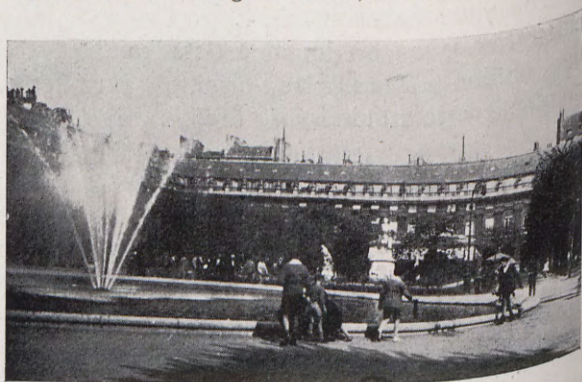
culcada, que hemos llegado a ocuparnos, con un celo digno de mejor causa, en derri-  
bar los cierres de los viejos jardines que, protegidos por las filas de árboles y arbustos dispuestos inmediatamente detrás de las tapias, les defendían del polvo y ruido en su interior, muro que ahora se sustituye por ligeras y graciosas cercas o por simples aceras. ¡Cuán lamentable es el tiempo, dinero y energías que se malgastan en transformar antiguas disposiciones en otras nuevas, pero no menos defectuosas! Hoy no se repara en sacrificar los bellos motivos antiguos a las formas en moda, sin pararse a pensar que el transeunte apresurado,



7.—Modelo de jardín para niños.

solar, particularmente cuando a su vez destine a calle la menor cantidad posible de terreno. Todo esto es fácil de obtener, disponiendo los jardines de barrio y plazas de juego para niños en espacios cerrados, solución de gran sencillez al formular los trazados de reforma de una población y mucho más todavía los de ensanche y extensión.

No deja de ser realmente curioso lo irresistible que resulta la influencia de lo que por algún tiempo ha sido costumbre. La idea de que los jardines deben estar abiertos a la calle, está hoy tan generalmente in-



6.—Modelo de jardín para niños en plaza cerrada.

que apenas echa una ojeada a los elegantes cerramientos modernos, no tiene a esos jardines el mismo derecho que la multitud de sus habituales visitantes, que durante horas y horas buscan allí reposo y esparcimiento, sólo lograble merced a la indicada protección.

Debemos, pues, encauzar las futuras urbanizaciones, en el sentido de no despreciar inútilmente el terreno en la repetición de anchas vías innecesarias, donde ya las exigencias del tráfico hayan quedado atendidas, y procurar hábilmente destinar el má-



ximo posible para emplazamiento de estos rincones verdes que, a la par que den salud y vida a nuestros cuerpos y salubridad a nuestras viviendas, sirvan de lugar seguro de esparcimiento a los niños y de sosegado reposo a nuestro espíritu, harto necesario en medio de la lucha cada día más difícil que nos impone el subvenir al sostén de la familia.

No deja de ser empresa ardua y delicada el proyectar estos jardines; debe presidir su trazado la idea de utilidad, la de inmediata aplicación. El arquitecto, al proyectarlo, ha de esperar con impaciencia el momento de ver realizada su obra, de poder preguntar al natural, como acostumbra en sus producciones pétreas, para que éste, con la rudeza de su idioma, señale las equivocaciones y los aciertos.

El natural, en este caso, no ha de poderle contestar; en los proyectos de jardines, el proyectista construye en futuro, pues su imaginación concibe las formas completas totalmente desarrolladas, sirviendo a su propósito estético; y al realizar su obra, ha de reducirse a replantearla con serenidad y paciencia, pensando que acaso nunca verá aquello que imaginó y cuyas primicias dirige. Ha de trabajar el Arquitecto, al proyectar estos jardines íntimos, como los héroes de los antiguos poemas, esperando que los dioses interesados en su lucha se lleguen a prestarles su valiosa ayuda.

No debemos perder de vista, que el interior de las grandes manzanas es campo



8.—Otro modelo de jardín para niños.



9.—Jardín para niños en plaza semicerrada.

apropiado para emplazamiento de estos pequeños jardines públicos y lugar de juegos infantiles, ejercicios gimnásticos, pistas, etc.

No menos y quizá mejor emplazamiento pueda conseguirse al trazar las nuevas urbanizaciones, disponiendo hábilmente plazas cerradas y semicerradas.

Lamentables son también los motivos que inspiran el trazado de las actuales avenidas, absolutamente opuesto a cuanto he dejado esbozado referente al árbol aislado, a los grupos de árboles y arbustos y a los squares.

La avenida es disposición originaria de la idea barroca de crear una grandiosa entrada a los palacios, con vasta perspectiva. La avenida, de por sí, es cansada, pero no es posible prescindir de ella en el trazado de las grandes ciudades, pues su inmenso mar de casas necesita utilizar todas las formas imaginables para interrumpir la continua uniformidad para la organización y orientación del conjunto. Lo interesante, lo que es preciso tener muy en cuenta, es la forma en que deba disponerse, pues los urbanistas geómetras no han demostrado saber servirse de este motivo, ya que toda su sabiduría no alcanzó más que a escoger rondas o vías excesivamente anchas, disponiendo a ambos lados ininterrumpidas filas de árboles. El resultado no puede hallarse más distante de lo que debe ser la aspiración de un urbanista moderno, pues se obtuvo el mínimo de buenos resultados con el máximo de gasto. El arbolado existente en esas avenidas, en gran parte inútil, bastaría en muchas ciudades para la formación de buenos parques; lo que para la higiene, el reposo y el recreo de los que buscan aire y sombra para juegos infantiles y hasta para los que se pasean, es incomparablemente mejor que las avenidas, con su ruido de coches y tranvías y sus remolinos de polvo y viento. El paseante busca su recreo en lugares tranquilos. ¿Cómo, pues, podrémoslo ofrecer en un andén, en medio de una calle céntrica y en tales circunstancias?

Por otra parte, los gastos de construcción y conservación de estos paseos son extraordinarios, pues sus pobres árboles están siempre enfermos; sus raíces, se pudren por el agua detenida en los fosos, por las fugas del gas de alumbrado y por las heladas del suelo; sus hojas, están cubiertas del polvo de la calle, y las casas altas les proyectan sombra de tal modo, que en las calles que van de Este a Oeste es fácil notar que, los de la parte Norte, tienen más fuertes sus troncos, más altas sus copas y con más follaje sus ramas que los de la parte Sur. Resultan estas plantaciones verdaderos lazaretos de árboles que exigen una reposición constante, con el natural gasto para la ciudad. Cuánto mejor y más cómoda ha de ser la disposición de reunirlos todos a un lado de la avenida, en el del sol, agrupándolos y combinando algún grupo con arbustos plantados en terreno debidamente preparado con capas de mantillo, formando verdaderos antejardines, para dejar la otra parte, la de la sombra, para emplazamiento de las vías de tranvías y la circulación rodada. No cabe duda que, con esta separación del tráfico, ambas partes ganarían, así como también la variedad de aspectos de la calle que, de un lado, aparecería como una formación arquitectónica, compacta y libre, y del otro, toda la vegetación, produciendo por contraste el máximo efecto estético.

Resulta claro que las soluciones defectuosas de las disposiciones actuales provienen de haber sido estudiados los trazados de avenidas, solamente sobre el papel, conforme al principio de la simetría, sin tener en cuenta las favorables circunstancias para el mejor desarrollo de las plantas, la influencia de la luz y del sol, el efecto visual y el tráfico.

Por fortuna, los urbanizadores modernos aconsejan disposiciones más racionales.

Genzmer, nos dice: «Las calles deben tener plantaciones, pero no todas ni en exceso; en arroyos, aceras y andenes, por sus diferentes exigencias, no deben estar siempre dispuestos, según el mismo sistema, sino en formas variadas».

Entiendo que al urbanizador debe dejársele pensar y proyectar, sin cohibirle con prejuicios, pues sólo así el artista puede producir algo útil a quien le confíe un trabajo; pero entiendo asimismo indispensable como primera condición para la formación de estos proyectos, el conocimiento profundo de las ciudades que se trata de urbanizar, conocimiento que no debe ni puede reducirse al estudio de su planimetría ni de su fotometría, sino que ha de alcanzar al de su historia, sus costumbres, su clima, sus medios de vida, orientaciones, etc., pues la solución o soluciones que se propongan, no sólo han de influir en el orden material de sus moradores, sino más y muy especialmente en el moral.

### *El jardín privado*

Colaborador eficazísimo en la función confiada a los jardines urbanos propiamente dichos, es el jardín privado.

Al proyectar un jardín de esta naturaleza, no debemos olvidar imprimir la gracia y sutileza en la disposición.

Esta gracia tiene su matiz característico en los distintos pueblos: en el jardín inglés, es *lujo*, acaso un pintoresco lujo; en el francés, es *ligereza*, es lo que pudiéramos llamar la media tinta de los jardines; en el germano, es la busca de lo delicado en lo grande; en el jardín italiano, esta gracia es *melancolía*, una suntuosa melancolía; en el español, es un *cuidado desorden* nuestro jardín, es el claro-oscuro de los jardines.

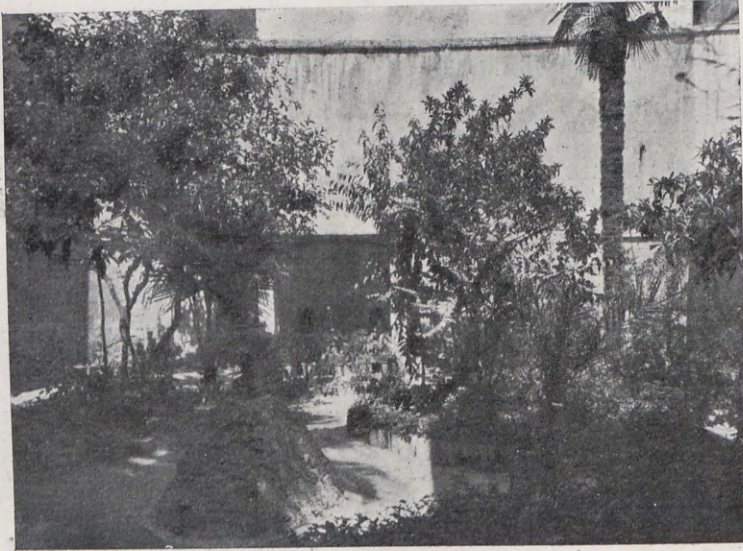
Los jardines españoles, con identidad de gustos, acusan la diferencia de clima de sus distintas regiones; coinciden en esa mezcla de romano, mudéjar y barroco que late en nuestra arquitectura y que vive en nuestros jardines todos, desde aquellos que parecen acercarse a Versalles, hasta los que ofrecen recuerdos persas o coincidencias indias.

Nuestro jardín mediterráneo, en el que la luz vibra con sin igual alegría, es arquitectura que, como todas, es consecuencia de las condiciones climatológicas. Nuestro jardín, al humanizar el paisaje natural, no hace más que traducirlo, exaltarlo, crear



10.—Patio jardín del Palacio arzobispal de Valencia.

un pequeño mundo, recopilando en forma armónica y estética los materiales dispersos. En esta emoción armónica que informa el alma del jardín, ha de reflejarse toda la personalidad del artista que lo trate, para que, a pesar de estar siempre formado por los mismos materiales, viejos como el mundo, responda en su perfil arquitectónico a la estética de su época y a la necesidad del momento.



11.—Bello rincón de un jardín valenciano.

Al trazar el jardín una vez señalado su emplazamiento, lo primero para que responda a un principio económico es emplear sólo especies, que naturalmente puedan vivir en el suelo elegido. Las plantaciones de vida forzada, además de ofrecer una existencia efímera, desentonan siempre por su color, por su forma y su calidad de cuanto les rodea.

El manejo y disposi-

ción de los colores en el jardín, es delicada y sutil empresa. Pero en este arte, como en todos, no hay escuela que tenga autoridad para imponer sus normas al artista.

Las pequeñas edificaciones son a veces necesarias en los jardines, y lejos de desentonar, pueden imponerle un carácter y hasta el estilo y la moda (que es en el estilo, el matiz de la variación tenue, que indica vitalidad).

En el interior de las antiguas ciudades y en la nuestra, como en otras, todavía existen algunos de estos jardines particulares, donde no se oye el ruido callejero, donde el aire es quieto y limpio y donde los vecinos, cuyas viviendas, talleres y estudios recaen al jardín, disfrutan aire fresco, excelente luz, sol espléndido y vista a la verde Naturaleza.

Estos jardines caseros de tan inapreciable valor para la salud espiritual de sus moradores y vecinos, van desapareciendo de día en día. La especulación de solares se apodera de ellos, se abren calles, se edifican en su lugar casas-cuarteles con patios tan reducidos como consienten las Ordenanzas municipales, y en sus habitaciones oscuras y saturadas de aire irrespirable, sin otra vista apenas que un trocito de cielo, deben pasar sus días los que con su trabajo e inteligencia han de comunicar nueva savia a nuestra vida ciudadana.

Semejantes mezquindades sólo pueden reprimirse con disposiciones legales, pues mientras la especulación constructiva vea negocio en tales explotaciones, no renunciará voluntariamente a ellas. Las Ordenanzas municipales deben tener como fin proteger la formación de jardines en el núcleo interior de las manzanas más extensas, mediante la no concesión del parcelamiento y la prohibición de edificar.

*Del agua decorativa*

No debemos olvidar, al hablar de la estética de las plantaciones, uno de los más importantes elementos del paisaje natural, absolutamente necesario al urbanizador, para darlas poético encanto y comunicarlo a las vistas de la ciudad, compensando a sus moradores de la monótona observación de casas y casas acumuladas y del efecto opresor de tan innatural hacinamiento: el agua.

El nombre de *agua decorativa* es ya denominación corriente en urbanización, para designar su combinación con el verde en la formación estética de las ciudades.

¿Qué quedaría del atraente encanto de muchas de ellas de no existir este elemento?

¿Cuánto quedara del poético atractivo de Venecia, si desaparecieran sus canales? ¿Qué sería de las bellas ciudades alemanas Coblenza, Maguncia y

Colonia, sin el Rin? ¿Qué serían Viena y Budapest, sin el Danubio? Cuando llegan a mis oídos los rumores de proyectos y de empresas para trasladar el cauce de nuestro Turia, pienso en la inmensa pérdida que en el orden emotivo y de estética había de ocasionarse. Bien venidos sean proyectos y empresas para su canalización para convertirle en navegable, si es posible, para urbanizar sus márgenes con un alto sentido artístico, pero jamás para su desaparición ni aún su traslado.

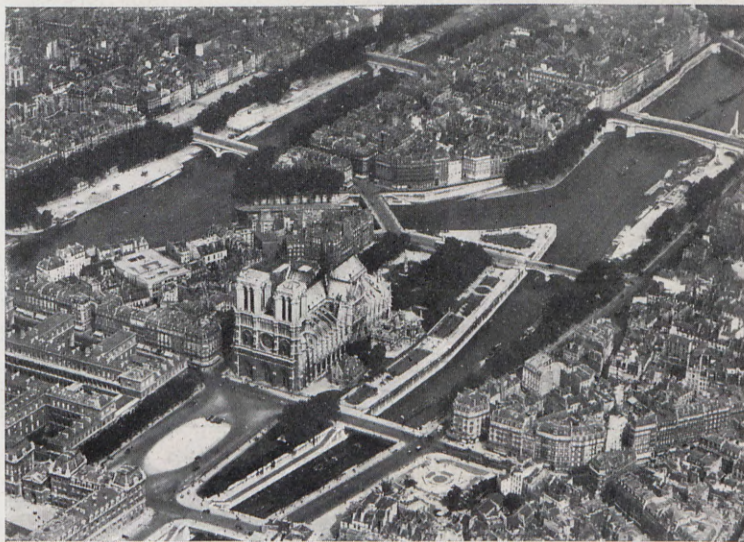
Roma, la Ciudad Eterna, cuna del arte de las civilizaciones que nos han precedido y actualmente con un gran sentido práctico de la realidad, ha sabido alcanzar el más alto lugar en la aplicación del agua decorativa, continuando la tradición de su época imperial: la de los Papas del Renacimiento. Imposible olvidar la imponente impresión, el poderoso rumor y la agradable y soñadora frescura de que queda embriagado el espíritu de quien ha contemplado la «Fontana Trevi».

Todo esto no es sólo estéticamente hermoso, es a la par indispensable desde el punto de vista de la salud; la ciudad, como el individuo, necesita imprescindiblemente de sus pulmones, de esos espacios de aire para la libre respiración de sus moradores.

Si todo esto no es tenido en cuenta al planear la nueva ciudad, no se habrá resuelto más que una parte del problema.

De tener en cuenta estas indicaciones, puede motivarse el emplazamiento de fuentes con agua abundante, árboles y arbustos.

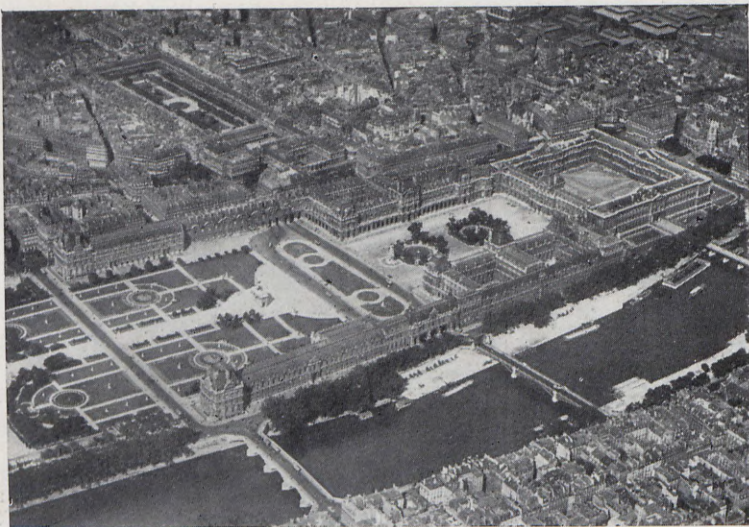
El sentimiento de esta necesidad está tan extendido, que ha de bastar tan sólo esti-



12.— Ejemplo del admirable aprovechamiento de las márgenes del río con zonas varias de vegetación.

mular el espíritu de sacrificio en parte de la población en bien de la comunidad, o imponerlo, si ello precisa.

La vegetación de las ciudades puede, en consecuencia, agruparse en dos formas principales, cuyos efectos, así como sus utilidades, son totalmente distintas: la salúfera y la decorativa.



13.—Aprovechamiento de las zonas libres próximas al río, con jardín para niños en plaza cerrada y otro de vegetación decorativa en plaza abierta.

Conviene la primera, lejos del ruido y polvo de la calle, en el interior de grandes manzanas cerradas. Sólo cuando se le den grandes dimensiones, será tolerable el que se aplique en calles abiertas, poco frecuentadas por vehículos y con arbolado circunvalante que la defienda y aisle. En ellos, poco hay que ocuparse de la

estética de las edificaciones, pues el abundante verde oculta los defectos de su edificación, así como sus bellezas.

El verde decorativo, por el contrario, unido siempre que sea posible a los juegos de aguas, pertenece exclusivamente a calles y plazas de tránsito, pues tiene por fin el ser visto por mucha gente.

En los estudios de vegetación decorativa, debe presidir el sentimiento; en cambio, en la salúfera pesan numerosas circunstancias: existencia de polvo, protección del viento, tranquilidad, frescor, sombra en verano... Lo que para la una es de gran valor, resulta secundario para la otra y viceversa. Sólo estará en lo justo el ur-



14.—Hermosa distribución de los elementos vegetales en una gran urbe.

banizador que, manteniéndolos separados, sepa dar a ambos la importancia que tienen. Constantinopla nos ofrece un ejemplo vivo de una solución envidiable, en este aspecto interesante de las urbanizaciones modernas; presenta una nota de máximo

verdor entre una masa de edificios; vegetación por doquier, de tal modo distribuída, que, en medio del cúmulo de casas y bazares, nos sentimos constantemente en plena naturaleza; en todas partes se adapta justa, pintorescamente y sin tacha alguna, al conjunto de plazas y calles; en ninguna parte molesta la vista de edificios monumentales ni ocasiona gastos de plantío y conservación. Débese esta maravilla a que desde siempre existía en todos sus ámbitos aquella mancha verde, que solamente ha ido quitándose de donde estorbaba, dejándola donde era natural y conveniente. Tenemos, pues, un modelo artísticamente perfecto, que debemos procurar adoptar: nunca copiar.

Si con estas líneas consiguiéramos dirigir la atención de los autorizados hacia el inmenso valor del agua y las plantaciones decorativas, particularmente en su mutua combinación estética, nos consideraríamos sobradamente compensados. No habían de faltar a nuestra ciudad artistas que dieran acertada solución. Sería una obra de verdadero arte popular, y tanto más importante por cuanto podría ser resultado de una popular asociación de todas las artes plásticas al servicio de nuestra amada ciudad.

HE DICHO.